

1914 en la sociología de Norbert Elias

1914 in Norbert Elias' Sociology

Andrés Pedreño Cánovas

Universidad de Murcia

RESUMEN

Norbert Elias escribió su magna obra *El Proceso de la Civilización* en plena “guerra civil europea” (1914-1945). Quizás no haya ningún libro en la historia de la sociología en el que su objeto de investigación –esto es, demostrar las bases del proceso occidental de civilización- tenga tan acusado contraste respecto al contexto histórico de su elaboración y a las propias vivencias biográficas del autor. Esta condición paradójica de la obra de Elias ha sido objeto de numerosas críticas. Este artículo se plantea como objetivo cuestionar el “robo de historia” que se ha achacado a la teoría de la civilización de Elias. Vista en su conjunto, la obra de Elias es un compendio de conceptos y análisis empíricos de indudable validez para la comprensión del ciclo de violencia que se abre en la Europa de 1914 y que él mismo vivió y sufrió.

PALABRAS CLAVE: civilización y descivilización, Elias y la guerra civil europea, violencia y trazado de fronteras nacional

ABSTRACT

Norbert Elias wrote his major work, *The Process of Civilization*, in the middle of the "European civil war" (1914-1945). Perhaps there is no book on the history of sociology in which the purpose of research -that is, to disclose the foundations of the Western civilization process- shows such a sharp contrast to the historic context where the work is written and to the author's biographical

experiences. The paradoxical condition of Elias's work has been widely criticized. This article therefore seeks to question the "theft history" attributed to Elias' theory of civilization. On the whole, Elias' work is a compendium of concepts and empirical analyzes of unquestionable validity for understanding the cycle of violence that the year 1914 opened in Europe and that he experienced and suffered.

KEY WORDS: Civilization and Decivilization, Elias and European Civil War, Violence and National Layout of Borders

“Únicamente cuando se hayan solucionado y superado estas tensiones interestatales e intraestatales podremos decir con mayor razón de nosotros mismos que somos civilizados. Únicamente entonces puede hacerse desaparecer del código de comportamiento que se inculca al individuo como super yo, todo aquello cuya función no solamente es destacar su superioridad personal, sino su superioridad hereditaria; pueden hacerse desaparecer las coacciones que determinan en su comportamiento la necesidad de distinguirse de los otros individuos, no por sus realizaciones personales, sino por las posibilidades de propiedad y de prestigio que le diferencian de los grupos inferiores. Únicamente entonces podrá limitarse la regulación de las relaciones interhumanas exclusivamente a aquellos mandatos y prescripciones necesarios para conservar la elevada diferenciación de las funciones sociales, así como el alto nivel de vida y la gran productividad del trabajo que tienen como presupuesto una división creciente de las funciones, y limitar, asimismo, las autoacciones a aquellas restricciones que son necesarias para que los hombres puedan convivir, trabajar y gozar sin trastornos y sin temores [...] Únicamente cuando la estructura de las interrelaciones humanas tenga este carácter, cuando la colaboración entre los hombres, fundamento de la existencia de cada individuo, funcione de tal modo que todos los que trabajan en la larga cadena de tareas comunes puedan alcanzar aquel equilibrio, los hombres podrán decir de sí mismos con razón que son civilizados. Mientras no llegue ese momento se encuentran en el proceso civilizatorio, obligados a seguir diciendo: “la civilización no se ha terminado. Constituye un proceso” (Norbert Elias 1939/1989: 532).

“Hay tiempos históricos en los que se producen como tempestades de infamia, genocidios apoteósicos, ataques infernales a la cultura humana; violencias cuyos artífices son merecedores por lo menos de un enorme desprecio, como también, claro está, de muy profundas reflexiones...” (Alfonso Sastre, en Presentación al último libro de Howard Zinn dedicado a los bombardeos aéreos durante la II Guerra Mundial de las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki y la ciudad francesa de Royan –en Zinn 2014: 1-).

INTRODUCCIÓN

Norbert Elias escribió su magna obra *El Proceso de la Civilización* en plena “guerra civil europea” (1914-1945), como propone Enzo Traverso (2009) denominar al periodo comprendido entre las dos contiendas bélicas mundiales. Quizás no haya ningún libro en la historia de la sociología en el que su objeto de investigación –esto es, demostrar las bases del proceso occidental de civilización– tenga tan acusado contraste respecto al contexto histórico de su elaboración y a las propias vivencias biográficas del autor. Esta condición paradójica de la obra de Elias ha sido señalada por Gina Zabludovsky:

No deja de ser contradictorio que en el año del estallido de la Segunda Guerra Mundial se publique un estudio que trata del autocontrol de la agresividad y el proceso de civilización escrito por un judío alemán que es víctima de un régimen sustentado en la violencia y, como tal, resulta lo más apuesto a toda idea de civilización (Zabludovsky 2007: 26).

De hecho, como también se ha señalado, e incluso sabiendo que el mismo Elias participó en el frente bélico de la Gran Guerra¹, esta violencia generalizada que

¹ En la entrevista biográfica contenida en el volumen *Mi trayectoria intelectual* (1995), Elias relata someramente su participación en la Gran Guerra. Fue reclutado en el ejército alemán con 18 años e hizo la instrucción militar en una unidad de radiotelegrafistas en Breslau. Posteriormente, “estuve en la retaguardia en Rusia, donde permanecí unos seis meses. O quizás fuera, más bien, en la Polonia ocupada. Desde allí fui trasladado al frente occidental, en un largo viaje en ferrocarril” (Elias 1995: 32). Es en Péronne, en el norte de Francia, donde Elias describe con vívidas imágenes todo el horror de la guerra: “Éramos una sección de radiotelegrafistas, un suboficial y ocho hombres, todos especialistas, a los que se podía hacer intervenir en

arrasó Europa apenas es mencionada por nuestro autor en *El Proceso de la Civilización*. Esta ausencia ha sido objeto de numerosas críticas, desde Edmund Leach (1986) a Zigmunt Bauman (1989), pasando por Newman (1986), Curtis (1986) o Goody (2011). De un modo u otro, todas coinciden en señalar que la lectura de Elias del despliegue histórico de la civilización occidental como un proceso de autocontención de la conducta agresiva, no se corresponde con la generación de violencia que define la historia del siglo XX, mucha de la cual está sucediéndose en el momento de la escritura de *El Proceso de la Civilización* (se edita por primera vez en 1939).

Jack Goody (2011) considera que *El Proceso de la Civilización* de Elias es una obra emblemática de lo que denomina “robo de la historia”, y concretamente “robo de civilización”, pues los procesos históricos reales quedan velados de tal forma que “lo que se suele considerar proceso civilizador en términos de modales o urbanidad no es una mejora clara y directa, sino algo mucho más ambiguo” (Goody 2011:182). Para Goody, Elias es prisionero de una noción tradicional e ideológica de progreso de la cual no consiguió liberarse en su esquema analítico y que precisamente la violencia de las dos guerras mundiales y del nacionalsocialismo alemán habría cuestionado radicalmente: “Elias no dice que todos los progresos acontecieron en línea recta. Después de la Primera Guerra Mundial hubo una *relajación de la moral* pero se trató de *una recesión muy breve* que según él no afectó a la tendencia general. No obstante, afirma que *la dirección del movimiento principal ... es la misma para todo tipo de conductas*. Los instintos se reprimieron de forma lenta y progresiva. Este punto de vista está muy difundido en Occidente, pero no cuenta con base empírica” (Ibid.:185).

Para Goody (2011), esta idea de una progresión general llevaría posteriormente a Elias –en *Los Alemanes* (1996/2009)- a analizar la violencia bélica o el holocausto nazi como un proceso de “descivilización”, esto es, una regresión en el proceso civilizatorio; pero “con eso no aborda la cuestión principal”: “Tanto las ideologías fascistas y las actividades de Alemania e Italia como las guerras mundiales son parte intrínseca del desarrollo de la sociedad contemporánea que

un punto u otro. Y mientras avanzaba así con mis compañeros, a través de la noche, hacia los resplandores incesantes de luz y fuego graneado, alguien junto a mí tocaba la armónica –sí, probablemente se trataba de un carro tirado por caballos. Luego llegamos a las inmediaciones del frente, donde yacían masas de caballos muertos. Y de personas muertas. Toda aquella escena, los cadáveres, el fuego graneado, los destellos de luz, el sonido de la armónica con sus melodías lentas y nostálgicas y las canciones sentimentales de los hombres, la llevo vivamente grabada en la memoria” (Ibid.: 33).

ha conducido a nuestra situación presente, y no un tipo de “regresión”, el equivalente social a los procesos psicológicos freudianos” (Goody 2011: 185).

Este artículo se plantea como objetivo cuestionar el “robo de historia” que se ha achacado a la teoría de la civilización de Elias. Vista en su conjunto, la obra de Elias es un compendio de conceptos y análisis empíricos de indudable validez para la comprensión del ciclo de violencia que se abre en la Europa de 1914 y que él mismo vivió y sufrió. Es precisamente esta experiencia la que hace que en *El Proceso de la Civilización*, la cuestión de la guerra sea una ausencia presente. Apenas se la menciona pero está presente como problemática descivilizatoria². De hecho, cuando ya al final de su vida, Elias publique *Los Alemanes (1996/2009)*, donde el ciclo de violencia que vive Alemania durante la “guerra civil europea” se toma como objeto de investigación, su argumentación y movilización conceptual estará en estrecha continuidad con aquella obra primigenia. Su teoría de la civilización se completaría planteando la radical ambivalencia del proceso: civilización y descivilización.

La argumentación que se presenta en este artículo confluye con la que están realizando autores como S. Mennell o E. Dunning (Mennell 1990; Mennell y Goudsblom 1997; Dunning y Mennell 1998; Mennell 2008; Linklater y Mennell 2010) que coinciden en cuestionar a aquellos que han querido ver un optimismo progresista en la perspectiva de Elias sobre el proceso de civilización. Así, en el primer apartado, se defiende que la construcción teórica del concepto de *figuración* es determinante para desactivar el esquema de progreso con el que se suele prejuiciar la idea del proceso de civilización. En el segundo apartado, se abordan aquellos trabajos de Elias en los que la figuración entre nosotros (los “establecidos”) y ellos (los “extranjeros”) permite un enfoque original de cuestiones de exclusión y violencia. Finalmente, se atiende a la relación economía, capitalismo y violencia confrontando a Elias con autores como Polanyi, Weber o la tradición marxista.

² Esta ausencia de lo presente pudiera tener relación con la difícil elaboración que para Elias supuso la experiencia de las trincheras en la Gran Guerra. En la mencionada entrevista biográfica se refiere al trauma que sufre en medio de tiroteos y fuego de granadas, “probablemente sufrí una conmoción, pero... en este momento no consigo recordar nada más sobre ello” (Elias 1995: 36). En varias ocasiones se refiere a esta falta de recuerdos, a la conmoción que experimentó pero sin poder precisarla por falta de memoria: “... mientras que hasta ese poco que les he contado he debido sacarlo a la luz muy despacio. Incluso mi matriculación, en 1918, permanecía sepultada. Quizás la guerra supuso una conmoción mucho más fuerte de lo que yo...” (Ibid.: 37).

LAS FIGURACIONES

En el imponente volumen que Margaret MacMillan (2013) ha dedicado al análisis de los hechos y acontecimientos que condujeron a la Primera Guerra Mundial, la prestigiosa historiadora de la Universidad de Oxford dedica un impecable capítulo a la carrera armamentística naval entre Gran Bretaña y Alemania como un factor clave en la creciente hostilidad entre ambas potencias en los años previos a 1914. Este hecho histórico se utiliza a continuación, a partir de la reconstrucción de MacMillan (2013), para ejemplificar la manera en la que Elias aborda su visión del proceso de civilización.

Los alemanes deseaban incrementar su flota naval para estar a la altura de la potencia económica y colonial que aspiraban ser, aspiración que se concreta en las leyes navales del ministro de la Marina, Tirpitz, de 1898 y 1900. Los británicos que poseían un inmenso imperio mantenido bajo control por una poderosa flota naval no podían quedarse indemnes ante el desafío alemán de reestructuración de su armada que, dada la cercanía geográfica entre ambos países se vivía como una amenaza cada vez mayor. Según MacMillan (2013), “aunque al parecer el impulso inmediato para la construcción de los acorazados y los cruceros pesados fue el temor al poderío combinado de las armadas rusa y francesa, lo cierto es que los planificadores navales británicos tenían cada vez más la percepción de que la armada alemana sería su principal enemigo en el futuro” (MacMillan 2013: 171). Fue el almirante Fisher el encargado de emprender una ambiciosa racionalización de la armada naval británica, que fue acompañada de un incremento de la construcción de nuevos acorazados, todo ello financiando por casi el 40 por ciento del presupuesto británico dedicado al gasto general de defensa en las dos décadas que precedieron a 1914.

Ante esto, el káiser Guillermo II y sus seguidores respondieron intentando mantener la carrera y construyendo nuevos acorazados o equivalentes, además de afrontar la necesidad de reconstruir muelles y ampliar canales para que pudieran operar barcos mayores. Esta política de competencia por incremento de acorazados se alimentaba de discursos sobre el “honor nacional” o la “dignidad nacional” que calaban profundamente en unas opiniones públicas crecientemente nacionalistas, así como de miedos mutuos a un ataque imprevisto de la otra parte. En el caso alemán, además, se daba la circunstancia de una peculiar estructura de poder heredada del antiguo régimen en la cual el emperador tenía plenos poderes frente a un parlamento que tenía una capacidad muy frágil de ejercer cualquier control. De hecho, los grupos políticos conservadores presionaban para incrementar los gastos en defensa con el

objetivo de provocar a los reacios liberales y socialdemócratas, pues pensaban que podían matar dos pájaros de un tiro: “el gobierno debía provocar a la izquierda y a los liberales moderados presentando en el Reichstag un presupuesto mucho más abultado para la armada, más incluso de lo que deseaba el propio Tirpitz. Así, si los diputados lo rechazaban, el káiser tendría una oportunidad excelente para disolver el cuerpo legislativo y tratar de lograr una mayoría nacionalista más favorable, o tal vez, incluso, de llevar a cabo el golpe de estado del que habló en su día, librándose de inconvenientes tales como la libertad de prensa, el sufragio universal masculino, las elecciones y hasta el propio Reichstag” (MacMillan 2013: 179).

Termina MacMillan con la siguiente conclusión: “La carrera armamentística naval también plantea el tema de la importancia de los individuos en la historia. Pues, ciertamente, la carrera naval no habría sido posible sin la capacidad económica, productiva y tecnológica de cada país para sostenerla, ni habría podido continuar sin el apoyo del pueblo; pero la verdad es que no habría empezado siquiera de no ser por la determinación y el empuje de Tirpitz y la disposición del káiser, así como por la imperfecta constitución alemana para darle el máximo apoyo. Cuando Tirpitz fue nombrado ministro de la Marina, se produjo un fuerte movimiento entre las élites gobernantes a favor de una armada poderosa, pero todavía sin un respaldo popular fuerte; la convergencia entre estos dos factores se iría produciendo después, a la medida en que fue creciendo la armada” (MacMillan 2013: 192).

Sorprende esta conclusión de la historiadora británica: “la importancia de los individuos en la historia”. Se diría que más bien, lo que se desprende de su detallada narración, no son tanto las personalidades históricas, como las relaciones de interdependencia que vinculaban estrechamente a ambas potencias; para empezar, por las propias redes comerciales que las entretrejan. De tal forma que las decisiones de los individuos Tirpitz-káiser, por el lado alemán, Charles Hardinge-Eduardo VII, por el lado británico, han de entenderse no en cuanto tales, sino como parte del entramado de relaciones duraderas que se establece dentro de lo que Norbert Elias denominó “figuración”.

En efecto, ambas potencias estaban vinculadas mutuamente por las redes comerciales y, por ello mismo, rivalizaban por el control del territorio y los recursos³. Entre las mismas se había tejido un proceso de entramado o figuración.

³ En *El Proceso de la Civilización*, Norbert Elias destaca esta relación entre interdependencia creciente de los diferentes territorios europeos y la lucha por la supremacía de los actores en juego. Las guerras europeas para Elias han de entenderse

Elias propone entender lo que sucede dentro de estos entramados o figuraciones recurriendo a la metáfora del juego: “los juegos se basan en dos o más personas que miden sus fuerzas respectivas confrontándose. Este es un hecho elemental que se encuentra siempre que los hombres se relacionan o entran en relación entre sí, pero que se suele olvidar en la reflexión acerca de las relaciones humanas (...) Siempre hay en estas relaciones, pruebas de poder más o menos acusadas: ¿quién es más fuerte, tú o yo? Después de algún tiempo las personas establecen con mucha probabilidad sus relaciones sobre un determinado equilibrio de poder, que resulta a veces estable y a veces inestable en función de las circunstancias sociales y personales” (Elias 1995: 86).

La figuración establecida entre Alemania y Gran Bretaña en las décadas precedentes de la Primera Guerra Mundial constituyó un proceso de rivalidad en torno a la carrera naval entre ambas potencias. Se estableció entre ellas un juego similar al ejemplo que pone Elias respecto a dos tribus rivales que se disputan los escasos alimentos existentes en un territorio: ambas potencias, como las tribus del ejemplo de Elias, “son recíprocamente dependientes: como en un juego de ajedrez, que originariamente fue también un juego de guerra, cada paso de una de las tribus determina el que dará la otra y viceversa. Los acuerdos internos de cada tribu están determinados en mayor o menor medida por su mutua dependencia. Una actúa en función de la otra: la interdependencia entre individuos o entre grupos de individuos en tanto que enemigos no es en menor medida una relación funcional que su relación entre amigos, colaboradores o especialistas mutuamente dependientes debido a la división del trabajo. La función que cumplen unos para con otros se basa en último término en que, debido a su interdependencia pueden presionarse mutuamente” (Elias 1990: 91). En los procesos que se constituyen en las figuraciones, los individuos y sus acciones no son comprensibles como actos en sí, sino como parte de los entramados de interdependencia. Las respectivas acciones, planes y objetivos de

dentro de estos entramados o figuraciones: “en la Guerra de los Treinta Años, Europa en su totalidad empieza a convertirse en un sistema territorial interdependiente con una dinámica de equilibrio y de centros de gravedad dentro del cual toda modificación en la relación de fuerzas acaba influyendo de modo directo o indirecto en las demás unidades y en los demás países. Todavía algunos siglos después, en la guerra de 1914-1918, la Primera Guerra Mundial vuelve a mostrar que las tensiones y las transformaciones del equilibrio en el curso del mismo cambio, de una interdependencia cada vez mayor, afectan a unidades políticas en una extensión mucho mayor, a países en lugares muy alejados del planeta (Elias 1939/1989: 379-380).

Inglaterra y Alemania, tal y como nos muestra el propio análisis de MacMillan de la carrera naval, no se explican como decisiones libremente adoptadas por el káiser o por Eduardo VII. Por el contrario, con Elias, se puede afirmar que “solamente hay una explicación si se toman en consideración las presiones que, debido a su interdependencia, debido a su función bilateral y recíproca, se ejercen mutuamente en tanto que enemigos” (Ibid.:91).

Para sus críticos, la teoría de la civilización de Elias incurre en una visión de la historia unilineal y teleológica –el finalismo de lo inevitable-, esto es, una suerte de hegelianismo según el cual la civilización procedería a modo de marcha del Espíritu objetivo a través de las épocas hasta auto-reconocerse como Espíritu Absoluto. Sin embargo, estas críticas no consideran la centralidad del concepto de figuración de Elias en su teoría de la civilización, que posibilita al mismo tiempo atender al sentido general del proceso histórico occidental –la civilización- y a las formas específicas de relaciones sociales que se producen en tal proceso de civilización, y de la fuerza de las interdependencias que en el mismo se transforman y se constituyen. Es decir, introduciendo el concepto de figuración, el proceso de civilización no puede ser contemplado como un proceso unilineal y finalista, por el contrario, está sujeto a su concreción en entramados sociales específicos.

En *El Proceso de la Civilización*, Elias dedica un capítulo (el segundo) –previo a las dos grandes partes en las que se divide la obra, la psicogénesis y la sociogénesis-, a la concreción histórica de los conceptos de “cultura” y “civilización” dentro de los respectivos entramados nacionales de Francia, Inglaterra y Alemania. Esto es, propone una puesta en práctica de su concepto de figuración para entender cómo en cada entramado nacional se concreta de forma diferenciada el proceso de civilización.

Es en ese capítulo donde Elias introduce una reflexión que permite entender hasta qué punto su investigación está determinada por la preocupación sobre lo ocurrido en la Europa de la Gran Guerra: “Es evidente que, en los años inmediatamente anteriores a 1919 revivió la función que cumplía el concepto alemán de “cultura” (la de oponerse al de “civilización”) debido a que la guerra contra Alemania se hizo en nombre de la “civilización” y debido también al hecho de que la conciencia que de sí mismos tenían los alemanes había de encontrar acomodo en la nueva situación creada con el tratado de paz. Pero es evidente, asimismo, y conviene reseñarlo que, con esta situación histórica de la Alemania de la postguerra, se dio nuevo impulso a una antítesis que había venido

expresándose con estos dos conceptos ya desde el siglo XVIII” (Elias 1939/1989: 61).

Elias subrayó la oposición entre las estructuras ideológicas (ideologías sociales, credos dominantes e ideales) de una sociedad (definida nacionalmente) respecto a otra para explicar las tensiones interestatales. En su análisis sobre la carrera armamentística de la Guerra Fría, acuñó el concepto de “figuración de doble vínculo” para entender las dinámicas de tensión que se generan en este tipo de procesos (tal y como, también, encontramos en el anteriormente mencionado ejemplo de la carrera naval entre Alemania e Inglaterra analizado por MacMillan): “por miedo a ser dominado por la parte contraria, cada uno de estos grupos procura dominar al otro, es decir, convertirse en potencia hegemónica. Ambos se hallan en un dilema que les impone sus propios rasgos. El miedo a verse sometidos, les obliga a subyugar al otro. El miedo a quedar en segundo plano les fuerza a aventajar al rival a lo largo y ancho del mundo” (Elias 1995: 179). Para Elias, estos miedos al otro y las hostilidades que alimentan deben entenderse desde la consideración de que la diferencia de estructura social (de las respectivas potencias en rivalidad) va unida a una diferencia de fe social, según la cual cada parte considera su sistema ideológico el mejor del mundo, una representación ideal de su modelo social que les lleva a tener la obligación de imponer en el mayor número de Estados su sistema y su credo social como una misión nacional.

Elias muestra cómo el ideal civilizatorio se construyó en Inglaterra y Francia vinculado a sus específicas figuraciones. A diferencia de Alemania, la burguesía francesa e inglesa no estuvo excluida de la sociedad cortesana, sino que estuvo imbricada política y económicamente en la corte. Esta proximidad social de las fracciones más altas de la burguesía y la aristocracia cortesana posibilitó una extensión del proceso civilizatorio que había cristalizado en la corte resultado de un largo proceso histórico. La civilización terminó de esta forma representándose como un ideal nacional que debía permear al resto de la estructura social e inclusive colonizando las clases más alejadas como los campesinos. Con esta misma lógica civilizatoria, Francia e Inglaterra justificaron su expansión colonial a los territorios de ultramar con fines puramente imperialistas. Por el contrario, en Alemania la burguesía quedó excluida de la sociedad cortesana, de tal forma que su autoimagen se forjó en términos de defensa de la cultura alemana y sus logros frente a la superficialidad de la civilización representada por el Emperador y su corte. Esta tensión interna en la estructura de clases terminó proyectándose sobre la creciente rivalidad nacional de Alemania frente a Francia e Inglaterra.

En abril de 1909 el ministro británico Lloyd George defendió la supremacía naval como de “crucial importancia no solo para nuestra propia existencia, sino en nuestra opinión, también para los intereses vitales de la civilización occidental” (MacMillan 2013: 189). Eyre Crowe, ministro de Asuntos Exteriores, al mismo tiempo que admiraba los logros culturales alemanes, criticaba la herencia militarista y autoritaria prusiana: “el espíritu errático, dominante y a menudo abiertamente agresivo” que animaba la vida pública alemana” (Ibíd.: 173). Por el contrario, el Emperador Guillermo II frente a la petición británica de parar la carrera naval, respondió que para Alemania culminar su programa de construcciones navales se había convertido en una cuestión de honor y dignidad nacional: “prefiero la guerra antes que someterme a semejante dictado” (Ibíd.:183). Estos credos sociales alimentaron y legitimaron para las potencias en contienda, las trincheras de 1914. La obra pionera de Norbert Elias, *El Proceso de la Civilización*, es una contribución a la psicogénesis y a la sociogénesis de estos ideales sociales que devinieron en misiones nacionales.

En definitiva, el proceso de civilización se despliega a través de figuraciones, por tanto, es siempre un proceso abierto, inacabado, controvertido e inclusive sujeto a regresiones. Con el concepto de descivilización que Elias propondrá en *Los Alemanes* (1996/2009) da cuenta de esos momentos históricos en los que una violencia generalizada (como entre 1914-1945) provoca “un colapso civilizatorio”.

HOMO NATIONALIS Y EXTRANJEROS

En 1932, Louis-Ferdinand Céline propone un viaje literario por los paisajes de las experiencias humanas extremas que se encadenaron en las primeras décadas del siglo XX. Como no podía ser de otra manera, la Gran Guerra ocupa los primeros capítulos de ese *Viaje al fin de la Noche* (después el viaje continuará por el África colonial, la América fordista, los suburbios urbanos franceses, etc.). En esos primeros momentos dedicados a 1914, Ferdinand Bardamu, el narrador en primera persona, relata el episodio en el que una patrulla del ejército francés se encuentra en un camino frente a frente con dos soldados tiradores alemanes “que llevaban más de un cuarto de hora disparando”. Ante tal escena, el protagonista procede a un monólogo descarnado:

Él, nuestro coronel, tal vez supiera por qué disparaban aquellos dos; quizás los alemanes lo supiesen también, pero yo, la verdad, no. Por más que me refrescaba la memoria, no recordaba haberles hecho nada a los alemanes. Siempre había sido muy amable y educado con ellos. Me los conocía un poco,

a los alemanes; hasta había ido al colegio con ellos, de pequeño, cerca de Hannover. Había hablado su lengua. Entonces eran una masa de cretinillos chillones, de ojos pálidos y furtivos, como de lobos; íbamos juntos, después del colegio, a tocar a las chicas a los bosques cercanos, y también tirábamos con ballesta y pistola, que incluso nos comprábamos por cuatro marcos. Bebíamos cerveza azucarada. Pero de eso a que nos dispararan ahora a la barriga, sin venir siquiera a hablarnos primero, y justo en medio de la carretera, había un trecho y un abismo incluso. Demasiada diferencia.

En resumen, no había quien entendiera la guerra. Aquello no podía continuar.

Entonces, ¿les había ocurrido algo extraordinario a aquella gente? Algo que yo no sentía, ni mucho menos. No debía de haberlo advertido...

Mis sentimientos hacia ellos seguían siendo los mismos. Pese a todo, sentía como un deseo de intentar comprender su brutalidad, pero más ganas aún tenía de marcharme, unas ganas enormes, absolutas: de repente aquello me parecía consecuencia de un error tremendo (Céline 1932/2001: 18-19).

Es una inquietante pregunta la que Céline pone en boca de su alter ego, el viajante al fin de la noche: ¿“Les había ocurrido algo extraordinario a aquella gente”, esto es a nuestros antepasados de 1914, para que se mataran los unos a los otros? Siendo hasta fechas recientes cordiales vecinos, ¿cómo habían devenido en odiosos otros contra los que disparar?

En la tradición marxista estas cuestiones apenas encuentran respuesta convincente, en la medida que requieren adentrarse en nociones como imaginario, representaciones culturales o violencia simbólica, las cuales conforman, dirá Etienne Balibar (2005), una “región extraña” respecto a la teorización marxista. Suponen un límite a esa teoría, o por volver a traer a Balibar –un marxista que ha tratado de adentrarse en esa región extraña o límite– quien afirmará que el ámbito y la noción de cultura o imaginario componen respecto a la teoría marxista, “su reverso, otra estructura, cuya lógica es fantasmática, la del imaginario, y cuya materialidad igualmente constrictiva “perturba” la propia de la economía, a la vez que es perturbada por aquélla” (Balibar 2005: 11).

Desde el campo del socialismo, Rosa Luxemburgo encarnó, junto con otros muchos, la voz de la indignación ante el drama de 1914⁴, “la marcha de seis

⁴ Véase el artículo al respecto en este monográfico de Frigga Haug.

semanas sobre París ha degenerado en un drama mundial; la carnicería se ha convertido en fatigosa y monótona operación cotidiana”; denunció sin medias tintas al Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), “una catástrofe histórica mundial”, por su voto favorable a los créditos de guerra en la sesión parlamentaria del 4 de agosto de 1914; pidió una profunda autocrítica al movimiento obrero para “que sepa aprender de sus errores”⁵; y sin embargo, no supo responder a la pregunta terrible formulada por Céline o al menos su respuesta se muestra claramente insuficiente: “Luxemburg sigue mostrando cómo el pueblo fue arrastrado por el conjunto de la prensa a una histeria belicista. Hablando de una supuesta lucha por la cultura y la libertad se generó en el pueblo un sentimiento de pogromo; se creía que pretendía “aniquilar la cultura alemana” y “reintroducir el absolutismo”. Fue así como bajo la consigna de luchar por la independencia y la libertad de las naciones, los proletarios se exterminaron unos a otros” (Haug 2013: 121). En su estudio sobre la política de Luxemburgo, Frigga Haug subraya esta insuficiencia de su análisis: “ciertamente, un procedimiento de análisis del discurso como este se limita a la prensa y no alcanza a analizar su “trasfondo”, es decir, el sentimiento nacional y el oportunismo que existe en la población y que pueden ser movilizados” (Ibíd.: 120).

Sigamos ahora con otro testimonio de la época. Stefan Zweig y sus agudas memorias sobre *El mundo de ayer* (1942) abarcan todo el periodo del desmantelamiento del Imperio Austrohúngaro y la posterior “guerra civil europea” (lo que convencionalmente se entiende por las dos guerras mundiales). Aquí, se señala un cambio o un punto de inflexión en la vida europea: “antes de 1914 la Tierra era de todos”. Tal afirmación se realiza en un momento particularmente intenso de las memorias, en el que Zweig, en su condición de exiliado, al ir a cruzar la frontera con Inglaterra se le exige poseer un pasaporte, acto que el escritor calificará de indignante:

Ayer todavía era un huésped extranjero y, en cierto modo, un gentleman que gastaba allí sus ingresos internacionales y pagaba sus impuestos, y hoy me había convertido en un emigrado, un “refugiado”. Me rebajaron a una categoría inferior, aunque no deshonrosa. Además, de ahora en adelante debía solicitar cualquier visado extranjero en aquella hoja de papel, porque en todos los países desconfiaban de esa “clase” de hombres de los cuales, de repente, yo formaba

⁵ Todas las frases entrecomilladas están extraídas del texto de Rosa Luxemburgo, *La Crisis de la Socialdemocracia* (1916/2006).

parte: hombres privados de derechos y sin patria, a los que, en caso de necesidad, se los podía expulsar y devolver a su país como a los demás, si se convertían en una carga o permanecían allí demasiado tiempo. Y tuve que recordar las palabras que un exiliado ruso me había dicho años atrás: “antes el hombre sólo tenía cuerpo y alma. Ahora, además, necesita un pasaporte, de lo contrario no se lo trata como un hombre”. En efecto: tal vez nada demuestra de modo más palpable la terrible caída que sufrió el mundo a partir de la Primera Guerra Mundial como la limitación de la libertad de movimientos del hombre y la reducción de su derecho a la libertad. Antes de 1914 la Tierra era de todos (Zweig 1942/2003: 513-514).

Este testimonio permite evidenciar cómo los hombres y mujeres europeos estaban siendo ordenados a través de líneas divisorias o fronteras estatal-nacionales. Esto es lo que el sociólogo Peter Wagner (1997) ha llamado ‘trazado de fronteras’ como dispositivo específico de la modernidad y de los Estados nacionales según el cual un nosotros se apropia de la soberanía de un territorio y declara a otro como ilegítimo. Este trazado de fronteras y su correspondiente proceso de nacionalización de las masas, generó dos categorías a partir de las cuales los hombres y mujeres de Europa iban a ser compartimentados: homo nationalis⁶ y extranjero⁷. En 1914, millones de personas se masacraron mutuamente en función de ambas representaciones del nosotros y de los otros.

⁶ La expresión es de Etienne Balibar que la utiliza para enfatizar el hecho de que la formación de las naciones está vinculada a una ideología nacionalista y a la construcción de una identidad nacional. Esa identidad nacional, además, se reforzará, una vez constituido el Estado nacional, a través de las instituciones específicas como la escuela, el arte, el ejército, etc. El homo nationalis haría referencia a esa construcción de una identidad nacional “que prevalezca sobre todas las demás identidades y de conseguir que la pertenencia nacional mezcle e integre a todas las demás pertenencias” (Balibar 2003: 51).

⁷ Lo que Stefan Zweig nos muestra con su testimonio literario en *El mundo de ayer*, Saskia Sassen lo retrata con magisterio sociológico: “existen numerosos estudios historiográficos que analizan las causas de la Primera Guerra Mundial. En nuestro caso, el punto de interés principal es la combinación de fenómenos nacionales e internacionales que podrían demostrar que el objeto de esa guerra fue la construcción de lo nacional, aunque en ese momento se estuviera desarrollando el sistema internacional” (Sassen 2010: 197). Con la Gran Guerra, continuará Sassen en su estudio histórico sobre los inmigrantes y los refugiados, “el nacionalismo asociado con la búsqueda estatal del control soberano sobre sus territorios y la fuerza del sistema

Propongo una lectura de la sociología de Elias como una aportación notable al entendimiento de la construcción del nosotros nacional y el otro extranjero. En *El Proceso de la Civilización* se plantea preguntas como “¿por qué el esquema de comportamiento alemán es distinto del inglés? ¿Por qué el inglés es distinto del americano?” (Elias 1939/1989: 526). A partir de un determinado momento, el proceso civilizatorio opera dentro de figuraciones cada vez más entrelazadas nacional-estatalmente. De tal forma que, considero que no es tensionar excesivamente a Elias si la sociogénesis se lee como un análisis de cómo se constituyeron las diferentes sociedades nacional-estatales (concretamente Elias presta atención en su investigación a Inglaterra, Francia y Alemania). Mientras que la psicogénesis posibilita un esquema analítico de cómo se produce el homonacionalismo, esto es, los esquemas de comportamiento de una sociedad nacional-estatal, “que se inculcan al individuo a través de la modelación desde pequeño como una especie de segunda naturaleza y se mantienen vivos en él por medio de un control social poderoso y muy estrictamente organizado” (Ibíd.: 526), y siempre determinados por procesos históricos de larga duración, por la estructura real de las relaciones entre las personas y por la estructura de la sociedad.

Estas transformaciones en el comportamiento de las personas primero operan como coacciones externas, en forma de super-yo, esto es, a través de los cambios en la estructura y la organización de los miedos sociales que “no es más que la respuesta psíquica a las coacciones que los hombres ejercen sobre los demás dentro de la interdependencia social” (Elias 1939/1989: 527). Y añade: “los miedos constituyen una de las vías de unión –y de las más importantes– a través de las cuales fluye la estructura de la sociedad sobre las funciones psíquicas individuales” (Ibíd.: 527). Posteriormente, esas coacciones externas terminan siendo interiorizadas por los individuos como autocontenciones y modelando su yo.

inter-estatal transformó completamente la noción de “extranjero”, comparado con sus connotaciones más ligeras en los siglos anteriores (...) (Sassen 1999: 78). El término que según Sassen mejor define el nuevo significado otorgado a “extranjero” por los sistemas estatales de control de fronteras es el de “outsider”. De tal forma que el fenómeno de los millones de refugiados y desplazados que la contienda bélica origina en Europa planteará una nueva categorización en nombre de la soberanía nacional-estatal: personas no pertenecientes a la comunidad nacional y por tanto desprovistos de derechos de ciudadanía (Ibíd.: 78).

El trazado de fronteras *nationalis* no es solamente un límite exterior del territorio de un Estado (definido nacionalmente) respecto a otro, sino que también delimita el interior de su espacio cívico, e inclusive tiende a inculcarse en los individuos como una segunda piel, convirtiéndolos en *homo nationalis*⁸. Este descubrimiento de Elias es crucial. No es posible distinguir entre la línea de evolución de la política exterior de un Estado (la estructura interestatal y la jerarquía de poder y estatus en la misma) y la política interior (la formación de la ciudadanía y de sus actitudes). En *El Proceso de Civilización* Elias muestra esta interdependencia entre las estructuras interior y exterior de los Estados.

Todas estas cuestiones tendrán su continuación en *Los Alemanes* (1996/2009), donde presenta una sólida interpretación del largo proceso de evolución social que condujo a la participación de Alemania en las dos grandes guerras. De nuevo Elias mostrará la potencia del concepto de figuración para interrelacionar la política exterior del Estado alemán con su dimensión interior y las actitudes hacia el uso de la violencia:

Una biografía de Alemania debiera mostrar cómo ese sentimiento de impotencia y de inferioridad de poder se transformó en lo contrario cuando el Estado, anteriormente inconexo y tardíamente integrado, se unificó en el

⁸ El *homo nationalis* es una determinada modelación del yo, esto es, una identidad nacional “que ha dado lugar a la interiorización subjetiva de la idea de frontera, a la manera como los individuos se imaginan su lugar en el mundo”, apunta perspicazmente Etienne Balibar (2005: 28). Este yo *nationalis* confecciona en su imaginario “fronteras impermeables entre los grupos a los que pertenecen, apropiándose subjetivamente de las fronteras que se le asignan desde arriba” (Ibid.: 28); al tiempo que esta misma construcción asocia a la pertenencia nacional, el acceso a una universalidad democrática en forma de derechos individuales y sociales. De tal forma que el individuo termina interiorizando la frontera nacional como parte de un sistema de protección –le dota de un lugar en el mundo y de derechos de seguridad social vinculados a esa posición- ante las inseguridades del presente. Un sistema que le preserva de sus miedos e incertidumbres. (Debemos a Robert Castel y a su inmensa obra *La metamorfosis de la cuestión social* (1995), una comprensión magistralmente fundamentada de cómo el Estado nacional terminó generando –sobre la base de contradicciones, luchas sociales y conquistas colectivas de derechos- un sistema de protecciones sociales –una *sociedad aseguradora*- en torno a un individuo que hasta ese momento había experimentado los primeros desarrollos del capitalismo histórico como *individualidad negativa*, esto es, absolutamente desprovisto y carente de recursos para afrontar las vulnerabilidades y violencias del sistema).

contexto de una guerra victoriosa. En el lugar de aquellos sentimientos profundos de minusvalía nacional se instaló una acentuada sensación de grandeza y poderío nacionales. A la Alemania reunificada se le había abierto el camino para convertirse en una potencia mundial. Como normalmente ocurre en asuntos de poder entre Estados, eso dio lugar rápidamente a una actitud de lucha por la supremacía. Respondiendo a un movimiento pendular –de una humillación extrema a un sentimiento extremo de superioridad– cada vez más y más individuos de las capas dirigentes alemanas sintieron que su país debía prepararse para alcanzar la hegemonía en Europa y, quizás en el mundo (Elias 2009: 191).

En esa “biografía” Elias presta especial atención al proceso de unidad de Alemania conquistada militarmente por una nobleza cortesana y guerrera. La unidad nacional alemana no la hizo, por tanto, la burguesía, que se quedó ensimismada en su tradición idealista y cuyas actitudes anticortesanas y antiaristocráticas no le sirvieron para mucho más que para la exaltación de sus logros culturales.

El que fuera la nobleza la que llevara a cabo la unidad nacional alemana tuvo importantes consecuencias para el proceso de civilización. Según el análisis de Elias, ante el fracaso de la burguesía, las fracciones más elevadas de la misma empezarán a cambiar sus comportamientos para la adopción del ethos guerrero propio de la nobleza: “se extrajo la conclusión de que la guerra y la violencia eran buenas y bellas consideradas como medios para ejercer la política” (Elias 1996/2009: 193). De tal forma que en los círculos burgueses proliferó una tendencia militarista de pensamiento que se convirtió en el núcleo mismo de su ideología. Elias analiza cómo proliferó toda una literatura desde finales del XIX de exaltación del canon guerrero, “en la que también el poder alcanzado mediante la violencia aparecía, embellecido, como valor supremo”, desde Nietzsche a Ernest Jünger⁹. Así, sobre estas actitudes guerreras y militaristas se conformó el trazado de fronteras alemán, el cual modeló tanto la estructura

⁹ Sobre Jünger, véase en este monográfico de SH el magnífico artículo de Diego P. Roldán. En un ensayo sobre la novela de guerra, Rafael Chirbes (2010) aborda el caso de Jünger y su distinción entre la Gran Guerra protagonizada todavía por caballeros y guerreros frente al dominio absoluto que ejerció la técnica en la Segunda Guerra Mundial. Sería en esta última donde dado el predominio tecnológico se manifestaría el auténtico mal. (Ni qué decir tiene que a Chirbes le resulta fácil desmontar semejante argumento simplemente con el uso de las propias descripciones de las trincheras ofrecidas en sus novelas por Jünger).

exterior del estado como la interior (incluida el yo de los individuos) y que condujo a la Gran Guerra: “muchos jóvenes alemanes fueron al campo de batalla en 1914 con la conciencia de que la guerra era algo maravilloso, glorioso y grandioso. Estaban inmersos en la certeza de una victoria en que reflejaban la fuerza de su sueño de una gran Alemania” (Ibíd.: 195)¹⁰.

Todo trazado de fronteras *nationalis* implica la definición de un otro frente al cual se elabora el nosotros. En la sociología de Elias se encuentra una notable aportación sobre las dinámicas sociales de construcción de la diferenciación entre el nosotros y los otros, y sus implicaciones a la hora de legitimar procesos de dominación y violencia. En *El Proceso de la Civilización*, Elias muestra cómo tanto el concepto de “civilización” con el que se autorrepresenta Occidente y particularmente Francia e Inglaterra, como el de “cultura” en Alemania, conllevan identificaciones de un nosotros frente a un otro.

Tras la Revolución francesa, Elias da cuenta de cómo el atributo “civilización” pasa de ser la forma de expresar la superioridad distintiva de la sociedad cortesana a su posterior identificación como rasgo nacional de Francia. En este cambio fundamental se sigue conservando una conciencia de superioridad en la que “con independencia de si se emplea expresamente o no el concepto de *civilisation*, se utiliza en referencia a todo esto, todo lo que se sigue considerando como “bárbaro” (Elias 1939/1989: 94). De hecho, a partir de que los impulsos de la Revolución van moderándose, el término de civilización empieza a concebirse como consigna con el que justificar la conversión de campesinos y otros sectores subalternos en “franceses civilizados” (véase sobre esto la inmensa obra de Eugene Weber, 1976), así como los impulsos nacionales franceses de expansión colonial.

¹⁰ Recuerda Jacques Bouveresse (2014) que seguramente fue la gran tragedia de Karl Krauss sobre la Primera Guerra Mundial, *Los últimos días de la humanidad* (escrita ente 1915 y 1922) donde con mayor agudeza se advierte sobre lo que denomina “la guerra de la posguerra” utilizando para ello “la mentira patriótica”. El relato alemán que condujo a la guerra continuó vivo tras la catástrofe bélica. Escribe Bouveresse que “la indignación y la rebelión de Krauss ante la modificación que los principales responsables hicieron de la memoria del conflicto, orientándola ante todo hacia la heroicidad del acontecimiento y la celebración del sacrificio de aquellos que, como se dice, cayeron en el campo de honor. La industria y el mercado del recuerdo funcionan, según Krauss, esencialmente como una organización del olvido: el de las víctimas y el de la especie de asesinato en masa del que fueron víctimas” (Bouveresse, 2014).

En el caso de Alemania, el término “cultura” sirvió como autoimagen de distinción de una burguesía antiaristocrática, cuyos logros y elaboraciones culturales se contraponían al término “civilización”, en el que se sintetizaba todo lo que representaba la sociedad cortesana: superficial, banal, etc. Cuando esta burguesía se hace clase dominante, opera un cambio por el que la dualidad “cultura” y “civilización” deja de ser una antítesis social para convertirse en una antítesis nacional que rige las relaciones con los otros estados tras las fronteras.

En su “digresión sobre el nacionalismo”, que aparece incluida en *Los Alemanes* (1996/2009), Elias aparece muy interesado en cuestionar las aportaciones sociológicas de la tradición funcionalista que otorgan a las normas de una sociedad un valor supremo de integración y cohesión del sistema social. Elias subraya, por el contrario, los conflictos que emergen dada la pluralidad e incompatibilidad de las normas sociales que existe inclusive dentro de los Estados nacionales contemporáneos, cuyo canon normativo otorga un valor supremo al individuo al tiempo que pide que todos los intereses y expectativas individuales se supediten al valor supremo del colectivo soberano, esto es, el Estado nacional. Esta ambivalencia de las normas sociales, frente a la lectura funcionalista que únicamente destaca su carácter integrador, se debe “a su particularidad de vincular entre sí a los hombres y, al mismo tiempo, de poner a las personas así ligadas en contra de otros” (Elias 2009: 173). Dentro del nosotros, aparecen históricamente individuos o colectivos definidos como otros.

Este hallazgo sociológico de Elias está en correspondencia con su propia vivencia en la sociedad alemana de aquel tiempo y también con la vivencia del racismo hacia la comunidad judía. En la entrevista biográfica que recoge el volumen *Mi trayectoria intelectual* expresa precisamente su disidencia respecto al canon normativo nacional-estatal que se impuso en Alemania a partir de 1914 (si no antes):

Nunca he sido patriota. La falta de patriotismo es un reproche que se ha dirigido más de una vez contra los judíos. Mi padre lo era de una manera peculiar, pero yo estaba totalmente en contra.

Sí, en mi opinión una de las razones del antisemitismo fue ésta. La burguesía alemana aplaudió unánimemente la guerra. Casi todos los jóvenes de la alta burguesía judía eran, más o menos, de izquierdas o, al menos, liberales, mientras que la gran mayoría de la clase media alemana era de derechas” (Elias 1995: 26)

Cuando intento reconstruir en el recuerdo el modo y manera en que mis padres y yo mismo, en cuanto judíos en Alemania, abordábamos antes de la

Primera Guerra Mundial la problemática de los marginados, me viene a la memoria cómo, desde luego, éramos conscientes de la discriminación y estigmatización del grupo propio; pero, al amparo de las instituciones jurídicas del imperio y de nuestra vida plenamente segura en lo físico, lo económico y lo cultural, la veíamos sólo como a través de un velo. Siendo niño conocía el hecho, pero no la magnitud del desprecio y el odio contra los miembros del grupo al que pertenecía. Tampoco mis padres ni sus conocidos poseían una explicación correcta para ello. Se sentían alemanes y se ocultaban un poco la realidad. El antisemitismo parecía obra de una minoría de personas, casi siempre incultas o poco formadas, a la que se miraba con cierto menosprecio –en una especie de estigmatización a la contra. Sólo después de mis años de colegio, primero como soldado y luego como estudiante universitario, logré hacerme una imagen más realista de la situación” (Elias 1995: 153).

Esta problemática de la discriminación y estigmatización del otro marginado será objeto de una investigación específica que Elias, junto a J. Scotson, llevará a cabo en la localidad inglesa de Winston Parva con el título *Los establecidos y los de fuera* (1965/1994). El mismo Zygmunt Bauman, crítico de las tesis del proceso de civilización, reconoce en este trabajo de Elias una aportación fundamental para conceptualizar al extranjero dentro de la dinámica nosotros y ellos¹¹. El extranjero es “el outsider”, el que viene de fuera y que se convierte en objeto de rechazo por parte de “los establecidos”, esto es, los que viven en el lugar, en la medida en que aquel cruza la frontera que lo mantenía distante. Los establecidos utilizarán el tiempo de residencia –la antigüedad en el lugar- para establecer líneas de diferenciación frente a los recién llegados, y a legitimar el rechazo y la estigmatización de los mismos en cuanto extranjeros (en esto Elias está siguiendo una tradición que se remonta a Kant y a Simmel sobre la insociable sociabilidad del hombre y, de hecho, su conceptualización de la figura del “extranjero” tiene una estrecha correspondencia con el conocido ensayo de Simmel al respecto).

Hay una línea de continuidad en el tratamiento que Elias da a la dinámica social del nosotros y los otros. En *El Proceso de la Civilización* (1939/1989) aborda las diferencias interestatales, tal y como se construyeron a lo largo de un proceso histórico que desembocó en 1914 en torno a las concepciones de “civilización” y “cultura”. En *Los Alemanes* (1996/2009) profundiza en el canon normativo nacionalista y su concreción en la identidad alemana y en cómo representó y

¹¹ Para una comparación entre la sociología de Zygmunt Bauman y la de Norbert Elias, véase Gina Zabudovsky (2007).

justificó la violencia hacia los otros, muy especialmente en las tragedias que se suceden desde 1914 al Holocausto. En *Los Establecidos y los de fuera* (1965/1994) estudia una comunidad arraigada en un territorio que construye una lógica de diferenciación social y de defensa de sus privilegios ante los que vienen de fuera, los extranjeros, que pasan a ser objeto de repudio y estigma. En todos estos trabajos, la relación nosotros y ellos forma una figuración, una trama de interdependencias en la cual se conforman posiciones grupales con diferencias en el equilibrio de poder. Lo que Elias destaca es la importancia de la organización grupal y los grados de cohesión social que distinguen a los individuos arraigados en un territorio durante generaciones (“nosotros”) frente a los de fuera (“ellos”). En esta figuración, por tanto, Elias encuentra la explicación de la superioridad sentida por los grupos dominantes que les conduce a la exaltación del grupo y la euforia colectiva, sentimiento que está siempre en relación con otro al que se representa como inferior y estigmático.

ECONOMÍA Y GRAN GUERRA

Cuando leemos hoy las aportaciones de los intelectuales y científicos sociales de las primeras décadas del siglo XX sobre la Gran Guerra, se observa un buen número de coincidencias relativo a la importancia de la explicación económica en las causas que condujeron a 1914. Por supuesto esta perspectiva está en la corriente política e intelectual del marxismo, aunque encontramos también afinidades relativas a esta explicación en autores tales como Max Weber y Karl Polanyi.

La aproximación de la tradición marxista al fenómeno de la guerra estaba ya presente en Marx, y sobre todo en Engels (Balibar 2009). Pero es a raíz del impacto de la Gran Guerra, cuando proliferan una serie de trabajos que señalan a la estructura imperialista de los países centrales del capitalismo como el origen del belicismo que conduce a la confrontación bélica: Lenin, Rosa Luxemburgo y R. Hilferding¹².

¹² Recientemente, la revista electrónica *Sin Permiso* ha tenido a bien, en conmemoración del centenario de 1914, publicar una serie de breves artículos de los discursos de aquellos líderes políticos vinculados a partidos socialistas que se posicionaron en contra de la guerra, como Jean Jaurés, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht (posicionamiento público que terminarían incluso pagando con sus vidas). Justo en estas fechas, pero hace cien años, un 2 de diciembre de 1914, podemos imaginar al diputado de la SPD, Karl Liebknecht, levantarse en la más absoluta

Max Weber no realiza una explicación unicausal de la guerra. Aunque capta el potencial de violencia de lo que denomina el “capitalismo imperialista” y también del “capitalismo de rapiña colonial fundado en la violencia directa y el trabajo forzado”, su explicación no reside tanto en las estructuras macroeconómicas responsables del imperialismo (la conquista del exterior no capitalista para su subsunción en la lógica del capital –Rosa Luxemburgo- o el capital financiero de Hilferding, etc.), sino que su atención se centra en los agentes político-económicos capitalistas interesados en generar y apropiarse de las ganancias excepcionales de la economía de guerra o de la desposesión imperialista de las colonias (Löwy 2012):

Hoy, la comunidad política en tanto tal es tal vez el único cliente en condiciones de encargar material y máquinas de guerra, lo que contribuye a acrecentar el carácter capitalista del sector de armamento. Los bancos que financian los préstamos de guerra y, hoy en día, una gran parte de la industria pesada –no sólo los proveedores directos de blindados y cañones– tienen, sin embargo, un interés económico en que se lleven adelante las guerras; para ellos, una guerra perdida hace crecer la demanda tanto como una guerra ganada, y los intereses políticos y económicos que tienen los miembros de una comunidad política respecto de la existencia en sus países

soledad en el parlamento alemán para votar en contra de los créditos de guerra. Hasta ese momento, cuatro meses después de que estallase la I Guerra Mundial, la posición oficial de la socialdemocracia alemana, el mayor partido de la II Internacional, había sido la de apoyar unánimemente el esfuerzo militar del gobierno imperial alemán. *Sin Permiso* ha traducido el artículo donde Karl Liebknecht explica las razones de su voto negativo. En su párrafo de inicio encontramos una apretada síntesis de las causas de la Gran Guerra de la perspectiva antibelicista de la corriente socialista y marxista de la época:

"Mi voto contra el proyecto de Ley de Créditos de Guerra del día de hoy se basa en las siguientes consideraciones: Esta guerra, deseada por ninguno de los pueblos involucrados, no ha estallado para favorecer el bienestar del pueblo alemán ni de ningún otro. Es una guerra imperialista, una guerra por el reparto de importantes territorios de explotación para capitalistas y financieros. Desde el punto de vista de la rivalidad armamentística, es una guerra provocada conjuntamente por los partidos alemanes y austríacos partidarios de la guerra, en la oscuridad del semifeudalismo y de la diplomacia secreta, para obtener ventajas sobre sus oponentes. Al mismo tiempo la guerra es un esfuerzo bonapartista por desorganizar y escindir el creciente movimiento de la clase trabajadora" (Liebknechten, 1914/2014).

de grandes máquinas de guerra los obligan a tolerar que sean proveedores del mundo entero, incluso de sus adversarios políticos (Weber 1922/2012: 151).

Karl Polanyi en una original tentativa de explicar las confrontaciones bélicas europeas y los fascismos. Polanyi establece un vínculo entre esas tensiones que se despliegan en las primeras décadas del siglo XX y las contradicciones generadas por el mercado autorregulador defendido por el liberalismo económico desde el siglo XVIII. Su lectura pone en el centro la violencia que implica para el cuerpo social la conversión en mercancías de sustancias antropológicas imprescindibles para la vida humana como son el trabajo, la tierra y el dinero. La idea clave de Polanyi en *La Gran Transformación* (1944/1989) es que el resquebrajamiento de un determinado estado de cosas, la modernidad liberal tal y como se constituyó en el siglo XIX y saltó por los aires en 1914, llevaba en su interior el germen de las tragedias de la “guerra civil europea”. El objeto de la crítica polanyiana es el liberalismo económico y su ceguera ante los acontecimientos que estaban sucediéndose en la década de los 30-40, esto es, la búsqueda en el fascismo de soluciones a la crisis del capitalismo. Retomaré a Polanyi de nuevo un poco más adelante.

Norbert Elias aborda la formación de la economía moderna como parte de un proceso más amplio de la formación y centralización estatal. En su sociogénesis de la civilización occidental (Elias 1939/1989), y siguiendo muy de cerca las contribuciones de Max Weber, Elias aborda el proceso de formación estatal a partir de la acción de fuerzas sociales centrípetas, propias de la Edad Moderna, que impulsan y culminan una progresiva centralización del poder en los regímenes absolutistas-cortesanos. El monopolio es el mecanismo que haría posible esta centralización como resultado probable de una lucha en libre competencia entre las diferentes unidades sociales por las oportunidades de poder que ofrece una determinada figuración de relaciones e interdependencias, de tal forma que unas unidades sociales triunfan y otras sucumban y así sucesivamente, hasta que se pasa de un sistema de oportunidades abierto a otro sistema de oportunidades cerrado. De este proceso de concentración emergerá el Estado absolutista, en cuyo centro se sitúa el rey. El aspecto más innovador de la tesis de Elias es que esta centralización/monopolización del poder por parte de un sujeto central (el rey en el Estado absolutista, el gobierno en el Estado nacional) se basa en una red de interdependencias según la cual el regentador del poder se vuelve más dependiente de sus dependientes.

Tres monopolios son para Elias los determinantes de la sociedad moderna occidental y que se requieren de forma interrelacionada: la constitución de un monopolio estatal de la violencia física (la primacía militar sobre el resto de grupos); la implantación y consolidación de un monopolio fiscal también de naturaleza estatal; y, en tercer lugar, el rápido avance de la monetarización y comercialización según una lógica de constitución de monopolios económicos que reducen la competencia. De estos mecanismos de monopolización se instaura la dominación de un Estado, pero una dominación que tiene como contrapartida una forma de orden y de paz que deja atrás definitivamente aquella sociedad basada en la “economía natural” donde señores guerreros obtenían territorios utilizando recursos militares. Por ello, Elias vincula estrechamente el monopolio estatal de la violencia física y la fiscalidad con el proceso de monopolización económica: “En todas las sociedades guerreras de economía natural –y no solamente en ellas- la espada es un medio habitual e inevitable para la consecución de medios de producción, y la amenaza del ejercicio de la violencia es también un medio imprescindible de producción. Únicamente cuando la división de funciones está muy avanzada, cuando se ha producido como resultado de luchas prolongadas una administración monopolista especializada que gestiona las funciones políticas en cuanto propiedad social, únicamente cuando existe un monopolio de la violencia centralizado y público ejercido en grandes extensiones, únicamente entonces pueden producirse las luchas de competencia por la consecución de medios de consumo y de producción con exclusión de la violencia física, y únicamente entonces existe el tipo de economía que acostumbramos a llamar “economía” en sentido estricto y el tipo de lucha de competencia que solemos llamar “competencia” en sentido estricto” (Elias 1939/1989: 383).

El Estado moderno posibilita, por tanto, una cierta paz en las relaciones económicas, sociales, políticas, etc. de su territorio. Pero también concentra un creciente poder militar que pone a disposición de los nuevos mecanismos de dominación colonial e imperialista vinculados a la lógica económica capitalista. O por decirlo con conceptos de Elias: la formación de monopolios aparece como una condición de posibilidad de la civilización, pero también de la descivilización.

Tanto la tradición marxista como Weber derivan de la posesión monopolista de las armas o los medios de producción, las diferencias de poder que están en el origen de la guerra y la violencia de carácter colonial e imperialista, así como del belicismo inter-estatal de las primeras décadas del siglo XX. Para Elias, estas diferencias de poder no se pueden entender únicamente por el mecanismo del

monopolio, sin atender, como se ha mostrado en el apartado anterior, a la organización grupal y los grados de cohesión social que diferencian a unos individuos frente a otros (según la lógica de la figuración nosotros y los otros). La explicación de los conflictos bélicos o de la violencia debe buscarse en las figuraciones e interdependencias, en la organización grupal y en la cohesión social de un grupo (nacionalista, “los establecidos”, etc.) que le lleva a experimentar sentimientos de superioridad y euforia frente a otro concebido como inferior y estigmático.

Sobre la paz que inaugura el Estado moderno y sus mecanismos de monopolización y que hacen posible que la economía moderna se desarrolle “con exclusión de la violencia física”, hemos de advertir la coincidencia entre Norbert Elias y Karl Polanyi. También Polanyi constató que “en el siglo XIX se produjo un fenómeno sin precedentes en los anales de la civilización occidental: los cien años de paz comprendidos entre 1815-1914” (Polanyi 1944/1989: 28).

En el capítulo primero de *La Gran Transformación*, Polanyi realiza un examen de las bases de estos cien años de paz. Las grandes potencias habrían conseguido que los conflictos se dieran de forma localizada y evitaban los cambios violentos generales mediante su acción conjunta o mediante compromisos innumerables. Gracias a las densas interdependencias que vinculan entre sí a los actores políticos y económicos en la economía moderna, un actor había conseguido jugar el papel de moderador en los consejos y en las políticas de los gobiernos: las altas finanzas¹³. Frente a la lectura marxista del imperialismo como origen de la Gran Guerra, para Polanyi las altas finanzas no es que tuvieran una vocación pacifista (“habían hecho su fortuna financiando guerras”), “pero si una guerra general

¹³ El análisis que hace Polanyi en este capítulo primero de *La Gran Transformación* (1944/1989) es un magnífico ejemplo para ilustrar el planteamiento de Elias sobre el ejercicio del poder en las figuraciones. Lo que Elias muestra es que en la medida que el poder se concentra no aparece un sujeto central que ejerce el poder y toma decisiones centralizadamente, sino “una red de interdependencias entre los poderosos que detentan principios de poder diferentes –religiosos, burocráticos, jurídicos, económicos- de tal modo que la estructura de este espacio, en su complejidad, se convierte en principio generador de las decisiones estatales” (Bourdieu 2014: 184). Polanyi muestra que los cien años de paz entre 1814 y 1914 fueron el resultado de una trama de interdependencias entre las grandes y pequeñas potencias, los bancos nacionales e internacionales, los capitales industriales, etc., dentro de la cual la posición privilegiada de las altas finanzas, en un momento de fuerte internacionalización de la economía, posibilitó ese papel de mediación y contención de los conflictos bélicos que Polanyi le atribuye.

entre las grandes potencias afectaba a los fundamentos monetarios del sistema, sus negocios sufrirán las consecuencias” (p. 36) y “la influencia ejercida por las altas finanzas sobre las grandes potencias, fue constantemente favorable a la paz europea; y como los propios gobiernos dependían por más de una razón de su cooperación, esta influencia fue eficaz” (Polanyi 1944/1989: 40-41).

Pero este proceso civilizador, sin embargo, devino en una regresión descivilizatoria (por emplear términos de Elias) a partir de los primeros años del siglo XX, cuando las grandes potencias llevadas por sus ambiciones coloniales y armamentísticas se agruparon en dos grandes bloques antagónicos y hostiles (Gran Bretaña y Francia frente a Alemania y la Santa Alianza). De tal forma que, dirá Polanyi, “las altas finanzas perdían rápidamente su capacidad de evitar que las guerras se extendiesen. La paz se mantuvo a duras penas todavía durante siete años, pero el fin de la paz de los Cien Años, provocado por la desintegración de la organización económica del siglo XIX, ya no fue más que una cuestión de tiempo” (Polanyi 1944/1989: 49).

Para Polanyi, el largo periodo de paz que garantizó la construcción monopolista del Estado y la economía durante el siglo XIX se vino abajo en 1914, sucediéndole diremos con Elias un prolongado proceso de descivilización en forma de “guerra civil europea”. Polanyi plantea que los orígenes de este proceso descivilizatorio hay que buscarlos en el siglo XVIII, cuando el liberalismo económico introdujo una conmoción social y técnica al introducir en Europa Occidental la idea de un mercado autorregulador. Por su lado, Elias, proporciona -ya he insistido en esto anteriormente- elementos conceptuales para comprender la formación de los dos grandes bloques rivales en las relaciones interestatales creciente europeas y la sensación de superioridad y hostilidad creciente en las respectivas sociedades implicadas, y cómo todo ello condujo a la Gran Guerra.

Si hemos podido hacer este ejercicio de complementariedad entre los respectivos análisis de Norbert Elias y Karl Polanyi es por algo que a menudo olvidan los críticos de la teoría del proceso de civilización: cuando Elias se interesa fundamentalmente por el proceso de civilización, en su obra también se encuentra una preocupación y una sensibilidad por lo que podríamos considerar la contraparte civilizatoria, esto es, la violencia, la guerra y la regresión descivilizatoria.

A MODO DE CIERRE

En este artículo se han presentado argumentos para refutar a aquellos que han querido ver en el autor de *El Proceso de la Civilización*, un esquema analítico en el que el despliegue histórico del proceso civilizatorio se abordaría según el optimismo progresista decimonónico y que por ello mismo habría desatendido las implicaciones de la barbarie bélica que azotó a Europa entre 1914 y 1945. Elias se tomó en serio el término “civilización” en la medida que era una imagen fuerte con la que Occidente autorrepresentó sus logros y desarrollos, al tiempo que le permitía una exploración histórica profunda de las implicaciones de tal representación colectiva. No es un “robo de historia” lo que resulta de su opción teórico-metodológica, por el contrario, el resultado es un tremendo fresco histórico de largo recorrido en el que se articulan de forma novedosa y original cuestiones sociales micro (la psicogénesis de las emociones, modales, comportamientos y miedos propios de la vida cívica occidental) y macro (la sociogénesis del Estado, primero absolutista y posteriormente nacional, y de los mecanismos de monopolización de la violencia física, fiscal y económica). También parece un tanto injusto atribuirle una visión etnocéntrica, cuando su intención desde el principio es construir como objeto de su investigación el proceso de civilización occidental y no cualquier otro.

Quizás a Elias se le pueda tomar como ejemplo de las rupturas con el sentido común dado que requiere toda construcción de un objeto sociológico. En efecto, Elias se cuida de la herencia progresista y teleológica inherente a la autoimagen de Occidente como “civilización”. Para ello adopta un enfoque relacional desprovisto de esencialismo, de tal forma que el proceso civilizatorio es siempre analizado dentro de espacios sociales conceptualizados como figuraciones de interdependencias sociales. Elias es una referencia paradigmática de una sociología procesual y relacional, que le permite conquistar sociológicamente cuestiones como el comportamiento civilizado, el poder o el Estado en cuanto realidades procesuales insertas en tramas de interdependencias sociales. Esta ruptura con el sentido común es una ruptura con la visión progresista convencional de la historia.

La “guerra civil europea” no es una presencia explícita en la obra primigenia de Elias, aunque sí está implícita y en este artículo se han avanzado hallazgos e hipótesis que lo ponen de relieve. Lo que en *El Proceso de la Civilización* está insinuado o es una ausencia presente, sin embargo, será una presencia cada vez más explícita en su obra posterior, especialmente en su última obra, *Los*

Alemanes, que cabe entenderla como una continuidad de aquella, y en la cual los conceptos y esquemas analíticos de una y otra aparecen plenos de coherencia.

En definitiva, y dado que este artículo tomó forma a lo largo del verano del 2014, en un momento en el que el Estado de Israel bombardeaba a la población palestina de Gaza (Pedreño 2014), se ha querido argumentar aquí que la obra de Elias es una aportación loable a una sociología de la guerra, y de los conflictos bélicos contemporáneos, en la medida que posibilita entender cómo Estados “civilizados” pueden incurrir en procesos de “descivilización”.

BIBLIOGRAFÍA

- BALIBAR, E. (2003): *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa?*, Madrid, Tecnos.
- (2005): *Violencias, identidades y civilidad. Para una cultura política global*, Barcelona, Gedisa.
- (2009): “Marxism and war”, *Radical Philosophy*, 160, pp. 9-17.
- BAUMAN, Z. (1989/2010): *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur.
- BORDIEU, P. (2014): *Sobre el Estado*, Barcelona, Anagrama.
- BOUVERESSE (2014): “El carnaval trágico”, *Le Monde Diplomatique*, edición española, noviembre 2014, pp. 16-17.
- CASTEL, R. (1995): *Las metamorfosis de la cuestión social*, Barcelona, Paidós.
- CÉLINE, L.-F. (1932/2001): *Viaje al fin de la noche*, Barcelona, Edhasa.
- CHIRBES, R. (2010): “Después de la explosión (algunos rasgos de la novela de guerra)”, en R. Chirbes: *Por cuenta propia. Leer y escribir*, Barcelona, Anagrama.
- CURTIS, J. (1986): “Isn't it difficult to support some of the notions of “The Civilizing Process”? A response to Dunning”, en C. R. Rees y A. W. Miracle (eds.): *Sport and Social Theory*, Illinois, Human Kinetics Publishers.
- DUNNING, E. y MENNELL, S. (1998): “Elias on Germany, Nazism and the Holocaust: on the balance between “Civilizing” and “Decivilizing” trends in the social development of Western Europe”, *The British Journal of Sociology*, vol. 49, nº 3, pp. 339-357.
- ELIAS, N. (1939/1989): *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1987): *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península.

- (1995): *Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa.
- (1995): *Mi trayectoria intelectual*, Barcelona, Península.
- (1996/2009): *Los alemanes*, Buenos Aires, Nueva Trilce.
- ELIAS, N. y SCOTSON, J. L. (1965/1994): *The established and the outsiders*, London, Sage Publications.
- GARCÍA MARTÍNEZ, A. N. (2006): *El proceso de la civilización en la sociología de Norbert Elias*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra.
- GOODY, J. (2011): *El robo de la historia*, Madrid, Akal.
- HAUG, F. (2013): *Rosa Luxemburg y el arte de la política*, Madrid, Tierradenadie Ediciones.
- LEACH, E. (1986): "Violence", *London Review of Books*, 23 October, pp. 13-14.
- LIEBKNECHT, K. (1914/2014): "1914: ¡El enemigo principal está en casa!", *Revista electrónica Sin Permiso*, 7 de diciembre de 2014.
- LINKLATER, A. y MENNELL, S. (2010): "Norbert Elias, *The Civilizing Process: Sociogenetic and Psychogenetic Investigations*- An overview and assessment, *History and Theory*, 49, pp. 384-411.
- LISTON, K. y MENNELL, S. (2009): "Ill Met in Ghana: Jack Goody and Norbert Elias and process and progress in Africa", *Theory, Culture and Society*, vol. 26 (7-8), pp. 1-19.
- LÖWY, M. (ed.) (2012): *Max Weber y las paradojas de la modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- LUXEMBURGO, R. (1916/2006): *La crisis de la socialdemocracia*, Madrid, Fundación Federico Engels.
- MCMILLAN, M. (2013): *1914. De la paz a la Guerra*, Madrid, Turner.
- MENNELL, S. (1990): "Decivilising processes: theoretical significance and some lines of research", *International Sociology*, vol. 5, nº 2, pp. 205-223.
- MENNELL, S. (2009): "An exceptional civilizing process?", *Journal of Classical Sociology*, vol. 9 (1), pp. 97-115.
- MENNELL, S. y GOUDSBLOM, J. (1997): "Civilizing processes-Myth or reality? A Comment on Duerr's critique of Elias", *Society for Comparative Study of Society and History*, vol. 39, nº 4, pp. 729-733.
- NEWMAN, O. (1986): "Review of Chris Rojek *Capitalism and Leisure Theory*", *Sociology*, 20, nº2, pp. 321-322.

- PEDREÑO, A. (2014): “Nosotros y Gaza”, Diario La Opinión de Murcia, 31 de julio de 2014
(<http://www.laopiniondemurcia.es/opinion/2014/07/31/gaza/578240.html>).
- POLANYI, K. (1944/1989): *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Madrid, ediciones La Piqueta.
- SASSEN, S. (1999): *Guests and aliens*, New Yor, The New Press.
- (2010): *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*, Buenos Aires, Katz.
- TRAVERSO, E. (2009): *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Madrid, Prometeo Libros.
- WAGNER, P. (1997): *Sociología de la modernidad*, Barcelona, Herder.
- WEBER, E. (1976): *Peasants into frenchmen. The modernization of rural France, 1870-1914*, Stanford, California, Stanford California Press.
- WEBER, M. (1922/2012): “Los fundamentos económicos del imperialismo”, en M. Löwy (ed.): *Max Weber y las paradojas de la modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- ZABLUDOVSKY, G. (2007): *Norbert Elias y los problemas actuales de la sociología*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ZINN, H. (2014): *La bomba* (con presentación de Alfonso Sastre), Hondarribia, editorial Hiru.
- ZWEIG, S. (1942/2003): *El mundo de ayer*, Madrid, Acantilado.

Recibido: 11 de noviembre de 2014

Aceptado: 5 de diciembre de 2014

Andrés Pedreño Cánovas es Doctor en sociología y Profesor Titular del Departamento de Sociología de la Universidad de Murcia. Ha investigado en temáticas de Sociología del Trabajo, Migraciones, Sociología de la Agricultura y Relaciones Interétnicas. andrespe@um.es.